

## *Étérea eternamente*

Un mar revuelto, de color castaño oscuro como la tierra húmeda, caía sobre sus hombros al son de la brisa. De labios rosáceos, piel lívida y ojos azabache como el ala de un cuervo, una elegante silueta reía al compás del canto de las aves.

Un bosque de abedules grises manchados de esmeralda se abría paso a su alrededor, perdiéndose entre la niebla que humedecía las mejillas de la muchacha y embriagando de perfección sus sentidos. La luz se colaba entre las hojas formando un hermoso mosaico de rayos de distintas tonalidades. El frío entumecía sus manos, pero eso ya no le importaba. El aire helado acariciaba la piel desnuda que rodeaba su delicada figura. Sus pies permanecían hipnotizados por una magia invisible que parecía haberlos atrapado, brincando de un lado a otro sin cesar.

Criaturas hermosas como la más brillante estrella, se deleitaban con su cantar. Las más curiosas se atrevían a volar junto a ella, otras, sometidas al cansancio, abandonaban el camino maldiciendo su fragilidad.

De súbito, sus pies advirtieron el frescor del agua cristalina de un lago. Sintió la necesidad de sumergirse a sabiendas del latente peligro que parecía gritar bajo la superficie. Su corazón dejaría de latir y el etéreo de su alma pasaría a formar parte del infinito. La vida le sería arrebatada en tan solo un instante, y su alma vagaría perdida buscando la entrada a su anterior existencia física, quedando atrapada hasta el fin de los tiempos. Atada a aquel lugar, frío e inhóspito, carente de un solo halo de vida.

Pero aquella fuerza invisible persuadía obstinada a sus sentidos con una tentadora insistencia. Por un segundo creyó que sería buena idea y corrió el riesgo, avanzando hasta sumergir la cintura. El horizonte parecía no tener fin desde aquel lugar, pero la singularidad de las ondas de su figura al unirse a él, la sedujeron hasta olvidarlo todo. Recuerdos que perdía cuanto más se sumergía.

El aire puro del bosque ya no viajaba libre por su pecho, ahora la densidad del agua la confundía. No dejaba de descender. La arena acariciaba sus pies, las algas se enredaban en sus brazos y pequeñas criaturas de ojos sombríos asistían a su íntima batalla interior. Su alma sufría, y el latir de su quebradizo corazón comenzaba a desaparecer. Únicamente los susurros de él, en lo más profundo de su mente, eran lo que importaba. La desesperación la asustaba, ya que nunca había sentido tal terror. El de la muerte susurrándole a los oídos, ofreciéndole cobijo bajo sus peligrosos brazos. Intentaba huir, pero su cuerpo aún estaba unido a él gracias a un fino y etéreo hilo, más arduo de cortar que el acero mejor forjado. Esbozó una sonrisa triste, rota, mientras dos lágrimas centelleaban en sus ojos y amenazaban con derramarse.

Fue en el instante en que lo creyó todo perdido, cuando una voz dulce como la miel, pero rotunda y precisa como el hielo, resonó por cada uno de los rincones más remotos de su mente.

El alma de la muchacha pugnaba por zafarse de las suaves y peligrosas garras que la oprimían, pero su mente resistía. Creyó hacer lo correcto, aunque su alma dijese lo contrario y la arena enterrase sus blancas rodillas, ensangrentadas al igual que su frágil corazón. Comenzaba a desvanecerse cuando advirtió que una nueva vida la incitaba a ascender a la superficie. El agua que enmudecía su presencia en el mundo real fue desapareciendo hasta dejar paso al etéreo aire que abastecía sus pulmones después de lo que había parecido una eternidad.

Entonces, durante su glorioso ascenso, advirtió en la lejanía una isla esmeralda de una belleza superior a cualquier otra. Podía sentir la vida palpar bajo su suelo, latente en su atmosfera, presente en su alrededor como un aura pura y delicada, frágil, inquebrantable y poderosa al mismo tiempo.

Jamás habría imaginado posible semejante belleza. No sabía ni cómo ni porqué, pero sus pies ya acariciaban las hojas caídas del suelo, desprendiendo con cada paso un característico e inusual olor a vida. La hierba del campo era acariciada por el viento con apego, los frutos se desprendían de las ramas de sus madres, besando el suelo después de madurar toda una vida. Animales maravillosos correteaban con alegría, dejando un rastro almizclado en el ambiente.

Respiró con alivio y aquella sensación fría que calaba el interior de su alma la hizo sentir segura, feliz... poderosa. Pudo extender aquellas alas que creía muertas y que antaño tanto había odiado. Era libre por fin y no pudo evitar reír como nunca lo había hecho. Las carcajadas resonaron por cada rincón de aquel místico lugar y todo pareció detenerse.

Las aves dejaron de interpretar sus magníficas canciones, la brisa dejó de silbar, dejando paso un abrupto e incómodo silencio. Como si aquel paisaje hubiese sido consciente, gracias a su risa, de la presencia de alguien más. Alguien nuevo. Desconocido.

Temerosa de nuevo, retomó su camino hacia la inmensa espesura con aire dubitativo. Las hermosas criaturas que brincaban con gracia habían desaparecido, e incluso las flores más indefensas parecían juzgarla con dureza. Recogió una triste rosa repleta de afiladas espinas, que agujerearon su piel sin piedad, haciendo resbalar el carmesí de la sangre humana por su delicada muñeca. Sin inmutarse, la sujetó con aun más firmeza y la atrajo hasta su pecho. Sintió como la suavidad de los pétalos aterciopelados de la flor acariciaban su rostro al mismo tiempo que los pequeños agujones sajaban la piel de su pecho. Dejó fluir la esencia verdadera que vivía en su interior, aquella que ocultaba con temor. Aquella que destruía todo a su paso y que la oprimía como una horrible y cruel soga pendida de su cuello. Un halo de luz oscura envolvió la rosa, una brisa extraña recogió el cabello de la muchacha tras sus orejas, y esta comenzó a morir. Una rosa

albina, pura y superior a la belleza mortal, ya no sobrepasaba el color grisáceo, de lo marchito, de la muerte.

Hastada de seguir aquel camino invisible e infinito, de andar sobreviviendo a duras penas, de tratar de no asfixiarse en el veneno de su alma, gritó cuanto pudo. Cuan sus pulmones y su voz fueron capaces de soportar. Estaba dolorida y exhausta, el fluido vital que corría por sus venas bañaba su pecho hasta llegar al vientre, formando diminutas cascadas cargadas de cierto encanto. Sus ojos brillaban de rabia, y un hilo de maldad los recorría tornándolos de un oscuro aún más poderoso.

Odiaba aquella sensación. Sabía del sufrimiento que era capaz de provocar con tan solo chasquear los dedos o sonreír. Pero no podía reprimirlo, como si aquella alma negra que vivía en ella ganase la guerra y la muchacha solo pudiese rendirse a su voluntad.

Comenzó a huir. Debía salir de aquel lugar, porque aquel mundo no podía ser su hogar. Lo destruiría y no podría reconstruir los irreversibles daños que causaría. Ya corrían imágenes desgarradoras por su mente. Desprendía olor a muerte. Cadáveres de animales, árboles y plantas. Sombras que recorrían la penumbra atemorizando y asfixiando las vidas restantes. Ojos oscuros y profundos como un pozo, que la arrastraban hacia su eterno dolor.

Enloquecería si aquella tortura persistía. No debía detenerse, pero su cuerpo era incapaz de seguir aquel ritmo. Su corazón desbocado amenazaba con salirse del pecho ensangrentado. Su mente ardía cual infierno. Entonces fue cuando flaqueó y cayó. Las lágrimas le empañaban la vista y en su mirada ya no había nada. Alcanzó una pequeña esfera que reposaba en la afilada hierba. Única, solitaria y brillante como ella misma. Antaño, era una radiante estrella, una hermosa flor que despedía un olor a vida y una calidez que hacía arder el corazón.

Con el rostro roto en mil pedazos, el vacío se llenaba de aquello que tanto odiaba y el corazón se le despedazaba. Los fragmentos de cristal que se desparramaron no llegaron a alcanzar el fondo infinito de su alma. Se desvanecieron en el aire mientras miles de astillas de hielo se aferraban poco a poco a su pecho, haciéndole recobrar el aliento. Cerró los ojos y presionó los párpados con todas sus fuerzas, mientras aspiraba una nueva bocanada de aire que le congeló los pulmones. Al abrirlos, millones de escenas manaban de todas partes. Su antigua casa, las calles desiertas al amanecer y al anochecer... su familia. Aquel recuerdo que tanto esmero había puesto en olvidar, para no dañarse aún más.

Pero aquella rosa muerta era ella, su familia. Derrotada por el mal y recubierta de cicatrices sin sanar.

No fue consciente jamás de que estaba siendo observada desde otro lugar y unos ojos de cristal. Voces que se mofaban de su poder y que disfrutaban con aquel sufrimiento.

Anhelaba escapar de ese mundo cruel, pero la cuerda que rodeaba cada uno de sus huesos le impedía avanzar materialmente. Su alma, por el contrario, viajaba inconsciente por el universo, allá donde nadie podía manipularla.

Dos lágrimas de hielo se derramaron y quebraron en la superficie sólida y a la vez fluida que la sostenía. Sepultada bajo las palabras, recuerdos y sonidos de ese instante, se arrastró hipnotizada al lugar donde todo había comenzado y llegado a su fin como lo haría el suspiro de un pajarillo moribundo.

Porque todo vuelve. Aparece. Nace y muere.

Porque aquel mismo lugar, aquel lago y aquel prado repleto de flores heladas, fue el mismo en el que un día la vida se le escurrió de entre los dedos como la fina arena del desierto.